

El Dos de Mayo

[Poema - Texto completo.]

José de Espronceda

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
Del hondo mar alborotado brama;
Las esplendentes glorias españolas,
Su antigua prez, su independencia clama.
Hombres, mujeres vuelan al combate,
El volcán de sus iras estalló:
Sin armas van, pero en sus pechos late
Un corazón colérico, español.
La frente coronada de laureles,
Con el botín de la vencida Europa,
Con sangre hasta las cinchas los corceles,
En cien campañas veterana tropa;
Los que el rápido Volga ensangrentaron,
Los que humillaron a sus pies naciones,
Y sobre las pirámides pasaron
Al galope veloz de sus bridones;
A eterna lucha, a sin igual batalla
Madrid provoca en su encendida ira;
Su pueblo inerme allí entre la metralla
Y entre los sables reluchando gira.
Graba en su frente luminosa huella
La lumbrera que destella el corazón;
Y a parar con sus pechos se atropella
El rayo del mortífero cañón.
¡Oh de sangre y valor glorioso día!
Mis padres cuando niño me contaron
Sus hechos ¡ay! y en la memoria mía,
Santo recuerdo de virtud, quedaron.
Entonces, indignados me decían,
Cayó el cetro español pedazos hecho;
Por precio vil a extraños nos vendían,
Desde el de Carlos profanado lecho.
La corte del monarca disoluta,
Prosternada a las plantas de un privado,
Sobre el seno de impura prostituta,
Al trono de los reyes ensalzado.
Sobre coronas, tronos y tiaras

Su orgullo solo y su capricho ley;
Hordas de sangre y de conquista avaras,
Cada soldado un absoluto rey;
Fijo en España el ojo centellante,
El Pirene a salvar pronto el bridón,
Al rey de reyes, al audaz gigante
Ciegos ensalzan, siguen en montón.
Y vosotros ¿qué hicisteis entre tanto,
Los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
O adular bajamente a la fortuna.
Buscar tras la extranjera bayoneta
Seguro a vuestras vidas y muralla,
Y siervos viles a la plebe inquieta
Con baja lengua apellidar canalla.
¡Canalla! sí, vosotros los traidores,
Los que negáis al entusiasmo ardiente
Su gloria, y nunca visteis los fulgores
Con que ilumina la inspirada frente!
¡Canalla! sí, los que, en la lid, alarde
Hicieron de su infame villanía,
Disfrazando su espíritu cobarde
Con la sana razón segura y fría!
¡Oh! La canalla, la canalla en tanto
Arrojó el grito de venganza y guerra,
Y arrebatada en su entusiasmo santo
Quebrantó las cadenas de la tierra.
Del cetro de sus reyes los pedazos
Del suelo ensangrentados recogía,
Y un nuevo trono en sus robustos brazos
Levantando a su príncipe ofrecía.
Brilla el puñal en la irritada mano,
Huye el cobarde y el traidor se esconde;
Truena el cañón y el grito castellano
De Independencia y Libertad responde.
¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera;
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
De sangre de Bailen y Talavera.
Id, saludad los héroes de Gerona,
Alzad con ellos el radiante vuelo,
Y a los de Zaragoza alta corona
Ceñid, que aumente el esplendor del cielo.
Mas ¡ay! ¿por qué cuando los ojos brotan
Lágrimas de entusiasmo y alegría,
Y el alma atropellados alborotan
Tantos recuerdos de honra y valentía;

Negra nube en el alma se levanta
Que turba y oscurece los sentidos,
Fiero dolor el corazón quebranta
Y se ahoga la voz entre gemidos?
¡Oh! levantad la frente carcomida,
Mártires de la gloria,
Que aun arde en ella con eterna vida
La luz de la victoria!
¡Oh! levantadla del eterno sueño,
Y con los huecos de los ojos fijos,
Contemplad una vez con torvo ceño
La vergüenza y baldón de vuestros hijos!
Quizá en vosotros donde el fuego arde
Del castellano honor, aun sobre vida
Para alentar el corazón cobarde
Y abrasar esta tierra envilecida.
¡Ay! ¿Cuál fue el galardón de vuestro celo,
De tanta sangre y bárbaro quebranto,
De tan heroica lucha y tanto anhelo,
Tanta virtud y sacrificio tanto?
El trono que erigió vuestra bravura
Sobre huesos de héroes levantado,
Un rey ingrato de memoria impura
Con eterno baldón dejó manchado.
¡Ay! Para hollar la libertad sagrada,
El príncipe, borrón de nuestra historia,
Llamó en su auxilio la francesa espada
Que segase el laurel de vuestra gloria.
Y vuestros hijos de la muerte huyeron
Y esa sagrada tumba abandonaron,
Hollarla ¡oh Dios! a los franceses vieron
Y hollarla a los franceses les dejaron.
Como la mar tempestuosa ruge,
La losa al choque de los cráneos duros,
Tronó y se alzó con indignado empuje
Del galo audaz bajo los pies impuros.
Y aun hoy helos allí, que su semblante
Con hipócrita máscara cubrieron,
Y a Luis Felipe, en muestra suplicante,
Ambos brazos imbéciles tendieron.
La vil palabra ¡intervención! gritaron,
Y del rey mercader la reclamaban;
De vuestros timbres sin honor mofaron,
Mientras en su impudor se encenegaban.
Hoy esa raza degradada, espuria,
Pobre nación, que esclavizarte anhela,
Busca también por renovar tu injuria

De extranjeros monarcas la tutela.
Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
De la antigua hidalguía,
Del castellano honor, que en la memoria,
Solo nos queda hoy día.
Verted juntando las dolientes manos
Lágrimas ¡ay! que escalden la mejilla;
Mares de eterno llanto, castellanos,
No bastan a borrar vuestra mancilla.
Llorad como mujeres; vuestra lengua
No osa lanzar el grito de venganza;
Apáticos vivís en tanta mengua,
Y os cansa el brazo el peso de la lanza.
¡Oh! en el dolor eterno que me inspira
El pueblo en torno avergonzado calle,
Y estallando las cuerdas de mi lira
Roto también mi corazón estalle.